Teatro "Don Juan Tenorio", con escenarios de Dalí

OTRA vez vuelve Salvador Dalí al escenario del María Guerrero, con una nueva escenografía del «Tenorio». Si la del año anterior estaba cuajada de errores, no de tipo pictórico ni siquiera imaginativo, pues que a la imaginación nada hay que falte, sino de errores auténticos por lo que se refiere a las cosas que están ahí o a las que ya la tradición tiene fijadas en sus marcos: ambientes y designios.

Así, por ejemplo, Dalí llamó mitos a la comida y a la muerte, para designar dos cosas muy del español. Y justo es decir que si algo hay en la vida de real son precisamente—dejando a un lado lo que irónicamente pueda haber de mito en la comida—estas dos cosas. Después, en las famosas Parcas como regidoras de destinos. No hay en ninguna mitología ningún destello que pueda atestiguarlos esto. Más bien, en cuanto a la tradición griega, éstas fueron las Euménides.

Pero este año se han suprimido todos estos elementos, que impedían a Don Juan desenvolverse en escena, y no hay nada que le impida sacudirse sus pecados y arrepentimientos. El «Don Juan» de Zorrilla transcurre sin dificultades de invención de última hora, y tan sólo hay una novedad: ésta es la de Doña Inés enjaulada.

Si al «Tenorio» de Zorrilla se le hubiese dado como salida otro campo de imaginación o de abstracciones, esto de la jaula estaría en perfecta consonancia con todo un desarrollo simbólico, del que podría desprenderse un espectáculo pictórico-poético de cierta calidad: jugar con los símbolos auténticos que don José Zorrilla emplea en sus versos y en sus acotaciones a su inmortal drama.

Mas he aquí este «Don Juan» absolutamente empobrecido por quedarse tímido el escenógrafo y, seguramente, por no haber sabido interpretar bien todas las categorías, registros y azares que la obra en sí tiene. Ese punto de gracia que da el alma del Tenorio a su salvación escénica—prescindamos de determinadas líneas estéticas—no está logrado, ni mucho menos.

Hay cuadros que poseen por sí solos una belleza original. Así, el de las rejas de Doña Ana de Pantoja y el de la quinta de Don Juan; los demás son de una ingenuidad que no hace brotar la emoción más mínima al espectador del Tenorio. Así también el cuadro de la apoteosis que en la imaginación del gran don José es de prodigiosa grandeza, aquí queda disminuída por una impresión de poca calidad, tanto pictórica como escenográfica.

En este mezclar, pues, de tradición y de innovación, quedan por conseguir su alma y sus efectos.

En cuanto al vestuario, también hay de todo. A nuestro juicio, los más bellos son los de Don Juan y el de Doña Inés. Los otros son de corte ridículo y poco eficaces en su ironía; así el Don Luis, así el del Comendador, que viene a cortar su seriedad «antofagástica» con un traje de tules o gasas, en blanco y gris. Si hay un personaje en el Tenorio, que represente la inercia de la Historia—como muy bien hizo notar don Ramiro de Maeztu en su estudio sobre Don Juan—, este personaje es Don Gonzalo. Es decir, el hombre que necesita ver para creer; ajeno a lo poético, a la gracia mundana, al vuelo poético que remueve y levanta, el Comendador será una verdadera mesa de camilla, o un mueble llamado «cómoda», si se quiere; ni siquiera una consola, como dicen que en un principio pensó hacerlo el señor Dalí.

La representación transcurrió con leves protestas y leves aplausos. Un gris menor, como correspondía al gris de la representación.

* * *

Enrique Diosdado interpretó con pasión su Don Juan: Elvira Noriega, dulce y sensible; Gaspar Campos, un Ciutti lleno de sobriedad; José María Roderro, correcto; Carmen Seco, muy acertada en su cometido, y el resto de la compañía, en buena disciplina.

La realización de los bocetos, muy hecha, por López Sevilla.

DIEZ CRESPO